

**EL CHOQUE DE CIVILIZACIONES
Y LA RECONFIGURACIÓN DEL ORDEN MUNDIAL
según Samuel Huntington**

Aída Stella Frisson

Resumen: después de la guerra fría la política global ha comenzado a reconfigurarse en torno a identidades civilizacionales. La política multipolar ha reemplazado a la bipolar. Las afinidades civilizacionales son las que determinan las pautas de cohesión o de conflicto en el nuevo orden mundial, dejando en una posición subordinada a los factores económicos e ideológicos. La paz mundial depende de la aceptación de una política global con raíces en múltiples civilizaciones.

Palabras clave: civilización, identidad, occidente, islam, política multipolar

EL CHOQUE DE CIVILIZACIONES Y LA RECONFIGURACIÓN DEL ORDEN MUNDIAL

Según Samuel Huntington

*Aída Stella Frisson**

Fundamentación

En una época en que con demasiada frecuencia vemos que las explicaciones sobre el acontecer político e histórico están centradas casi exclusivamente en las variables económicas, la perspectiva de Huntington, planteada desde la complejidad de la cultura, resulta profundamente enriquecedora, y más realista.

El autor

Samuel P. Huntington es profesor de Ciencias Políticas y director del John M. Olin Institute for Strategic Studies de la Universidad de Harvard. En 1970 fundó la revista *Foreign Policy*, de la que fue coeditor hasta 1977, año en el que entró a formar parte del Consejo de Seguridad Nacional de la Casa Blanca, manteniéndose en ese puesto hasta 1978. Miembro de la Presidential Task Force on International Development (1969-1970); de la Commission on the United States-Latin American Relations (1974-1976) y de la Commission on Integrated Long-Term Strategy (1986-1988), así como presidente del Defense and Arms Control Study Group of the Democratic Advisory Council (1974-1976).

Es autor de numerosos artículos y libros. Entre estos: *The soldier and the State: The Theory and Politics of Civil-Military Relations*; *The Common Defence: Strategy Programs in National Politics*; *El orden político en las sociedades en cambio*; *La tercera ola*.

Los múltiples comentarios y controversias provocados por su artículo «The Clash of Civilizations?», publicado en la revista *Foreign Affairs* en 1993, lo llevaron posteriormente a desarrollar esa temática en el libro del que nos ocupamos ahora: *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. (Buenos Aires, Paidós, 1997).

La estructura del libro

El libro tiene 429 páginas. Consta de un prefacio y cinco partes, cada una de las cuales está dividida en capítulos. Hay también numerosos mapas, figuras y tablas de cantidades, proporciones y porcentajes.

Las abundantes notas a cada capítulo remiten a una amplísima bibliografía.

Los temas están tratados en forma ordenada y en todo momento se evidencia el vasto conocimiento del autor sobre historia política contemporánea.

Los temas principales

Entre los temas más importantes están: el concepto de civilización, la no existencia de una civilización universal, los conflictos generados por el universalismo occidental, las relaciones entre poder y cultura y entre cultura y economía, el equilibrio de poder entre las civilizaciones, la importancia de la identidad, la indigenización en las sociedades no occidentales, la expansión del islam y el impacto de su crecimiento demográfico, la autoafirmación china, las guerras de línea de fractura (líneas divisorias entre las civilizaciones), el futuro de un mundo de civilizaciones y la paz mundial.

La intención del autor

Huntington intenta una interpretación de la evolución de la política global después de la guerra fría. Ofrece para ello un paradigma (el civilizacional) que encuentra útil para entender y explicar esta política global de fines del siglo XX, dándole a este concepto de 'paradigma' la misma significación que, siguiendo a Thomas Kuhn, le da la epistemología actual.

Tesis principales

- la cultura y las identidades culturales, que en su nivel más amplio son identidades civilizacionales, están configurando las pautas de cohesión, desintegración y conflicto en el mundo de la posguerra fría.
- la dimensión fundamental y más peligrosa de la política global que viene surgiendo en las últimas décadas del siglo XX, y se proyecta hacia el próximo, es el conflicto entre grupos de civilizaciones diferentes.
- la cooperación e integración económica y política entre los pueblos es más rápida y segura cuando se basa en la coincidencia cultural.
- la creencia de Occidente en la universalidad de su cultura, es falsa.

PRIMERA PARTE:

Un mundo de civilizaciones

Durante la guerra fría, la política global fue bipolar: por un lado los Estados Unidos y un grupo de sociedades en general opulentas y democráticas, por el otro la Unión Soviética y un grupo de sociedades comunistas en general más pobres. Entre estos dos bloques se entabló una rivalidad ideológica, política, económica y militar. Casi sin participación en el poder de esos dos mundos, estaba el Tercer Mundo, formado por países pobres, sin estabilidad política, y que se decían no alineados.

En los años que siguieron a la guerra fría, la política global comenzó a reconfigurarse en torno a identidades culturales. La gente se está definiendo y autoidentificando por su etnia, su religión, su lengua, su historia, sus costumbres, sus valores, sus instituciones. Las distinciones más relevantes entre los pueblos no son ni económicas ni políticas, y menos aún ideológicas. Las diferencias entre las civilizaciones en materia de desarrollo político y económico están enraizadas en las diferencias culturales. Los conflictos más importantes entre 'nosotros' y 'ellos', (quiénes somos, quiénes no somos y contra quiénes estamos) no serán los que se produzcan entre clases sociales o grupos definidos por criterios económicos o ideológicos, sino los que surjan entre los pueblos a partir de las diferencias culturales.

Una civilización es un ámbito cultural, un medio ambiente moral, una cosmovisión, un todo histórico que contiene las tradiciones y formas de pensamiento de generaciones que se han sucedido por siglos en un proceso particular y original. Es una totalidad abarcativa sin referencia a la cual no puede entenderse cabalmente ninguna de las unidades que la constituyen. Es el marco más amplio de identificación de las personas, el grado más amplio de identidad cultural.

Entre los elementos definitorios básicos de una civilización están la religión y la raíz lingüística.

Los países más importantes proceden, en su gran mayoría, de civilizaciones diferentes, y los conflictos con más probabilidades de convertirse en guerras a gran escala son los existentes entre grupos o entre Estados procedentes de civilizaciones diferentes.

Huntington, en el mapa del mundo de las civilizaciones después de 1990, ubica nueve grandes civilizaciones: occidental, latinoamericana, africana, islámica, sínica (china), hindú, ortodoxa, budista y japonesa. Muy poco se ocupa en este libro de la latinoamericana, la africana, la budista.

Latinoamérica podría considerarse un vástago de Europa. Pero debido a sus rasgos provenientes de civilizaciones americanas indígenas, su particular historia y características, no resulta conveniente, para un análisis centrado en las consecuencias políticas de las civilizaciones, incluirla dentro de Occidente. Entre los mismos

latinoamericanos están las opiniones divididas entre la pertenencia o no a Occidente.

A la civilización judía, demográficamente tan reducida, no la toma en cuenta; sólo hace una pequeña acotación.

No obstante, desde la perspectiva musulmana, para referirse al bloque unitario de judíos y cristianos se usa la expresión 'cruzados y sionistas' o 'cruzados y judíos'.

En el siglo XX, las relaciones entre las civilizaciones han pasado de una etapa de influencia unidireccional de una civilización, la occidental, a otra etapa de relaciones multidireccionales entre todas las civilizaciones. Durante cuatrocientos años, las relaciones fueron de subordinación de las demás sociedades a la occidental, y civilizaciones como, por ejemplo, la andina y la mesoamericana fueron prácticamente eliminadas. La expansión de Occidente tuvo como elemento decisivo la superioridad en dos frentes: la tecnología y la aplicación de la violencia organizada.

Esta expansión de Occidente no ha dado como resultado una civilización universal.

Sabemos quiénes somos cuando sabemos quiénes no somos. Las personas se definen por lo que las hace diferentes de otras en un contexto particular.

La expansión y hegemonía occidental, si bien han producido una difusión cultural en muchos aspectos, como por ejemplo en las pautas de consumo y en la cultura popular, también han servido para reforzar la diferenciación de las etnias con respecto a Occidente, para condenar al imperialismo occidental y congregar a los miembros de sociedades no occidentales a defender la supervivencia e integridad de la cultura autóctona.

«En un lugar cualquiera de Oriente Próximo u Oriente Medio, media docena de jóvenes podrían perfectamente vestir vaqueros, beber Coca-Cola, escuchar *rap* y, entre inclinación e inclinación hacia La Meca, montar una bomba para hacer estallar un avión estadounidense de pasajeros» (pag.67).

No hay una única civilización planetaria. La globalización del comercio no la produce, ni reduce por sí misma la posibilidad de conflictos.

Los dos elementos fundamentales de la civilización, la religión y la lengua, no se dan de modo universal.

El inglés no es una lengua mundial, sino una *lingua franca*, es decir, la principal lengua que usa la gente de las distintas comunidades lingüísticas para comunicarse entre sí. Para estas comunidades el inglés no es una lengua natural sino una lengua extraña, usada para hacer frente a las diferencias idiomáticas. Las lenguas propias de las colectividades no son eliminadas y se mantienen como fuente de identidad.

En cuanto a la religión, hay a fin de siglo un resurgimiento global. La revitalización de la religión en gran parte del mundo está reforzando las diferencias culturales y la aparición de movimientos fundamentalistas.

Ante abuelos y padres de tendencia laicista, los jóvenes se declaran religiosos.

La mundialización caracterizada por grados históricamente inéditos de interdependencia entre las civilizaciones, y la conciencia generalizada de ello, lleva también a una intensificación de la autoconciencia étnica que incluye la conciencia religiosa.

La expansión de Occidente y la interdependencia a escala planetaria, han promovido la modernización y occidentalización de las sociedades no occidentales; pero esta modernización no significa una civilización universal.

La modernización es el resultado de la expansión de los conocimientos científicos y avances tecnológicos producidos sobretudo a partir del siglo XVIII en Occidente, y de las actitudes que lo hicieron posible.

Indudablemente hay diferencias importantes entre las culturas modernas y las tradicionales. También las hay y las hubo entre las culturas tradicionales entre sí, y entre las culturas modernas entre sí. A su vez, las tradicionales tienen mucho en común (estar basadas en la agricultura y la ganadería), y las modernas tienen mucho en común (estar basadas en la industria).

Crear que a medida que las sociedades no occidentales adopten el modelo de modernización se llegará a una cultura universal, es una suposición errónea. De una mayor homogeneización producida por la mayor interacción entre las sociedades, no se sigue necesariamente una civilización universal.

Por otra parte, afirmar que civilización moderna es lo mismo que civilización occidental no es históricamente correcto. El origen de la civilización occidental se remonta al año 700 u 800 d.C.; Occidente ya era Occidente antes de ser moderno. El núcleo esencial constante de la civilización occidental son: el legado clásico, el catolicismo y el protestantismo, las lenguas europeas, la separación de la autoridad espiritual y temporal, el imperio de la ley, el pluralismo social, los cuerpos representativos y el individualismo. Tomados separadamente, casi ninguno de estos factores fue exclusivo de Occidente; sí lo fue la combinación de todos ellos.

Las sociedades no occidentales han reaccionado al impacto de Occidente de tres maneras: rechazando la modernidad y la occidentalización; aceptando ambas; aceptando la primera y rechazando la segunda.

Ejemplo del primer caso es el fundamentalismo islámico a ultranza; del segundo, el kemalismo turco; del tercero el reformismo japonés.

SEGUNDA PARTE:

El cambiante equilibrio de las civilizaciones.

Actualmente coexisten dos imágenes del poder de Occidente. La primera es la de una dominación abrumadora y triunfante; la segunda es la de una civilización cuyo poder político, económico y militar va decayendo con respecto al de otras civilizaciones en alza.

Según Huntington, ambas imágenes se ajustan a la realidad.

Las naciones occidentales poseen y dirigen el sistema bancario internacional, controlan todas las divisas fuertes, dominan los mercados internacionales de capital, proporcionan la mayoría de los productos

acabados del mundo y son el principal cliente, ejercen liderazgo moral en muchas sociedades, tienen capacidad para llevar a cabo intervenciones militares a gran escala, controlan las rutas marítimas, dirigen la experimentación e investigación técnica más avanzada, dominan el acceso al espacio, la industria aeroespacial, las comunicaciones internacionales y la industria armamentística de alta tecnología.

Sin embargo, se están produciendo cambios graduales en el equilibrio de poder entre civilizaciones.

La decadencia de Occidente es un proceso lento, irregular, con reafirmaciones y retrocesos. La progresión del poder de Occidente duró cuatrocientos años y alcanzó su punto culminante a principios del siglo XX; después comenzó a declinar con respecto al de otras civilizaciones.

El nuevo equilibrio que se está produciendo puede advertirse en varios puntos fundamentales donde Occidente va perdiendo influencia relativa: control territorial y de población; niveles de alfabetización, educación y urbanización; participación en la producción económica; potencial militar.

La decadencia de Occidente y el ascenso de otros centros de poder potencian los procesos de indigenización, el resurgimiento y afirmación de culturas no occidentales y el rechazo a la cultura occidental. Asia y el islam han sido las civilizaciones más dinámicas de las últimas décadas. Los incrementos más significativos de poder económico, militar y político corresponden a civilizaciones asiáticas; los de movilización social y crecimiento de población, al islam. La explosión demográfica del islam trae consecuencias desestabilizadoras para los países musulmanes y para sus vecinos, por el impulso reformador y revolucionario característico de la juventud (una franja etaria muy amplia) y por los problemas de la inmigración.

A medida que el poder occidental declina, también declina su capacidad de imponer sus valores (derechos humanos, liberalismo, democracia) a otras civilizaciones. Asiáticos y musulmanes subrayan la superioridad de su cultura frente a la de Occidente. El éxito material (el espectacular desarrollo económico del este asiático, el enorme incremento de la riqueza a partir del *boom* del petróleo de los años setenta en los países musulmanes) contribuye a la reafirmación cultural.

El resurgimiento de la religión (*la revancha de Dios* en términos de Gilles Kepler) busca recobrar un fundamento sagrado para la organización de la sociedad remodelando la conducta personal, social y pública de acuerdo con los dogmas religiosos. Es una reacción contra el laicismo, la falta de respeto a la autoridad, el relativismo moral, el individualismo y los excesos, y una reafirmación del orden, la disciplina, el trabajo, el colectivismo, la solidaridad, la responsabilidad familiar, la moderación y frugalidad.

La religión a fin de siglo ha tomado el relevo de la ideología y ofrece a la gente, a la vez que un sentimiento de identidad, un sentido y dirección en la vida, desplazando partidismos y nacionalismos laicos.

TERCERA PARTE:

El orden emergente de las civilizaciones

El mundo después de la guerra fría ya no es bipolar sino multicivilizacional. Los alineamientos de los países por ideologías, como sucedía durante la guerra fría, están siendo reemplazados por alineamientos según la cultura. La crisis de identidad nacional, particularmente intensa en los países escindidos, hace que la gente busque identidad y seguridad en las creencias, la fe, los lazos de sangre, la lengua; los valores, las instituciones, los antepasados y las raíces comunes, se solidarice con lo culturalmente semejante y se separe de lo culturalmente diferente. La identidad cultural es, en gran medida, la que determina las asociaciones y los antagonismos entre los países y los pueblos; la que define quiénes son los amigos y quiénes los enemigos.

Las fronteras políticas se rehacen, y las líneas divisorias entre civilizaciones se están convirtiendo en las principales líneas de conflicto de la política global.

Huntington señala numerosos casos que avalan esta tesis. Citamos tres:

«Durante la guerra fría, Grecia y Turquía estaban en la OTAN, Bulgaria y Rumania en el Pacto de Varsovia, Yugoslavia era un país no alineado,

y Albania un aislado ex socio de la China comunista. Ahora estos alineamientos de la guerra fría están dando paso a otros por civilizaciones, enraizados en el islam y la ortodoxia» (pag.148).

«En la antigua Yugoslavia, Rusia respalda a la ortodoxa Serbia, Alemania favorece a la católica Croacia, los países musulmanes se reúnen para apoyar al gobierno bosnio, y los serbios luchan con croatas, musulmanes bosnios y musulmanes albaneses» (pag.149).

«Entre tanto en la antigua Unión Soviética, las ortodoxas Bielorrusia, Moldavia y Ucrania tienden hacia Rusia, y armenios y azerbaiyanos luchan entre sí mientras sus parientes rusos y turcos intentan a la vez apoyarlos y contener el conflicto» (pag.149).

La cooperación entre los Estados y los pueblos es más fluida y posible cuando comparten la misma cultura. Las alianzas militares y las asociaciones económicas surgen fácilmente entre pueblos en los que la cultura común brinda una base de confianza mutua. En cambio, dentro de una misma región geográfica, en la medida en que la geografía no coincida con la cultura, puede incrementarse la aparición de conflictos (como ocurre en los Balcanes, Oriente próximo y Oriente medio).

En la reconfiguración mundial de acuerdo a la estructura de las civilizaciones, los Estados se relacionan con ellas como Estados miembro, Estados centrales, países aislados, escindidos y desgarrados. También una civilización puede incluir a gente que por diversas razones viva en Estados dominados por otra civilización, pero no obstante siga identificándose con su origen.

Un *Estado miembro* es aquél que, desde el punto de vista cultural, está plenamente identificado con su civilización.

Los *Estados centrales* son los más poderosos y culturalmente fundamentales, capaces de ejercer el liderazgo en su civilización. Occidente ha tenido a lo largo de su historia varios Estados centrales. En estos momentos son Estados Unidos (el principal), Gran Bretaña y el grupo franco-alemán.

Latinoamérica, África y el islam carecen de un Estado central. Con el abandono del *apartheid*, Sudáfrica podría pasar de ser un Estado paria a ser el Estado central en su civilización.

La civilización japonesa coincide con su único Estado central.

Las civilizaciones sínica, ortodoxa e hindú tienen cada una de ellas un Estado dominante (China, Rusia, e India respectivamente), otros Estados miembro, y gente de su civilización en Estados dominados por otras civilizaciones (como los chinos en el extranjero).

Un *país aislado* carece de elementos culturales comunes con otras civilizaciones. Por ejemplo, Japón, Haití.

En un *país escindido* coexisten grandes grupos pertenecientes a civilizaciones diferentes. Esta división puede llevar a distintos grados de violencias: disturbios, golpes de Estado, guerras de secesión y genocidios. Países escindidos por líneas divisorias de civilizaciones son, entre otros, la India (musulmanes e hinduístas), Filipinas (cristianos y musulmanes), Indonesia (musulmanes y cristianos timorese), China (chinos han, budistas tibetanos, musulmanes turcos).

Países que durante la guerra fría estuvieron unidos bajo el régimen comunista, se han separado y fragmentado constituyendo nuevas entidades cuyo polo de atracción es la cultura común. Ucrania, una de las mayores y más importantes ex-repúblicas soviéticas, probablemente por ahora seguirá unida, pero es un país escindido entre dos culturas distintas, la civilización occidental y la ortodoxia.

Un *país desgarrado* tiene una única cultura predominante, y una elite dirigente que quiere desplazarlo a una civilización distinta. Países desgarrados son, por ejemplo, Rusia, Turquía, México, Australia.

Rusia, desde Pedro el Grande, es un país desgarrado entre dos opciones: pertenecer a la civilización occidental, o ser el núcleo y Estado central de la civilización ortodoxa euroasiática.

En Turquía, las reformas en los años veinte y treinta de Mustafá Kemal Atatürk intentaron redefinir la identidad nacional, política, religiosa y cultural. Para lograrlo hubo que alejarla de su pasado otomano musulmán. Kemal depuso al Sultán, abolió el califato, estableció un sistema laico de educación pública, decretó que el turco se escribiera con caracteres romanos impidiendo a las nuevas generaciones (educadas con escritura romana) el acceso a la literatura

tradicional escrita en caracteres árabes, acabó con los tribunales religiosos, etc. Mediante la occidentalización y modernización, Kemal buscó fomentar el desarrollo económico turco y transformar a Turquía en un país laico europeo. Luego de la disolución de la Unión Soviética la situación es distinta. Se han estrechado vínculos con las repúblicas turcohablantes de Asia central, se ha planteado la problemática de la identificación étnica, y el resurgimiento del islam ha cambiado el carácter de la política turca y socavado la orientación laica y pro occidental de las elites.

Entre los años treinta y ochenta, México intentó definirse en oposición a los Estados Unidos. En los ochenta, se convirtió en un país desgarrado, tironeado entre ser un país latinoamericano o un país norteamericano. El presidente Carlos Salinas promovió el liberalismo económico y, entre otras medidas, reestructuró la deuda exterior, privatizó empresas públicas, fomentó la inversión extranjera, atacó el poder de los sindicatos, e introdujo a México en el NAFTA.

Australia ha sido desde su origen una sociedad occidental. A principio de los noventa, sus líderes políticos decidieron que debían implicarse en Asia y dejar Occidente, basados en el supuesto de que la economía se antepone a la cultura, y atraídos por el dinámico crecimiento de las economías del este asiático. Sin embargo, para los asiáticos, Australia no debe ser miembro de la Conferencia Económica del Este de Asia (CEEA). El obstáculo básico que impide esta incorporación son los valores, la cultura de los australianos decididamente occidental, en desfase con la mentalidad asiática.

Las intenciones de los líderes empeñados en rehacer sus sociedades de acuerdo a otra civilización, parecen destinadas al fracaso a corto o largo plazo. Lo que generan estas elites es una esquizofrenia cultural, haciendo de su país, un país desgarrado. Si bien pueden introducir elementos de la cultura a la que pretenden incorporarse, no resulta posible suprimir de forma definitiva los elementos fundamentales de la cultura autóctona.

Además, es una mirada estrecha la que considera exageradamente los factores económicos, e ignora la cultura de un país y los valores sociales de base. Es la coincidencia cultural de los países lo que fomenta entre ellos la relación y el compromiso económico.

Por otra parte, las civilizaciones a las que se desea pertenecer resisten la incorporación de lo diferente, tienen en menos a los que aspiran el ingreso, y rechazan las inmigraciones. Los hispanos en Estados Unidos, los turcos en Europa, «la nueva gentuza blanca» en Asia, son considerados inferiores.

En mayor o menor grado los pueblos no acompañan ni consienten la redefinición de su identidad que intentan las elites políticas y económicas; es un intento con pronóstico de fracaso.

Los países y los pueblos se agrupan en torno a los Estados centrales de su civilización. Aquellos que pertenecen a una misma civilización, aunque no tengan un estado central, son aglutinados por los elementos comunes de la cultura y el sentimiento de unidad que ésta les proporciona. No obstante, la ausencia de un Estado central es una fuente de debilidad y de conflictos que perturban la cohesión.

CUARTA PARTE

Choque de civilizaciones

Las cuestiones conflictivas intercivilizatorias se encuentran principalmente en los siguientes puntos: el universalismo occidental, la proliferación armamentística, los derechos humanos, la democracia y la inmigración.

En el plano local, las líneas divisorias más violentas son las que separan al islam de sus vecinos. En el plano universal, la división más importante es entre Occidente y el resto del mundo. Los conflictos más intensos entre civilizaciones se dan entre musulmanes, asiáticos y occidentales.

La caída del comunismo alentó la opinión de que el liberalismo democrático había triunfado a escala mundial y era universalmente válido. Pero lo que para Occidente es universalismo, para el resto del mundo es imperialismo. Las sociedades no occidentales resisten lo que consideran la dominación económica, militar y cultural occidental.

Las relaciones conflictivas de Occidente con las otras civilizaciones no son todas del mismo grado. Con las civilizaciones

rivales, el islam y China, las relaciones son generalmente tensas y antagónicas.

Con Latinoamérica y África, civilizaciones más débiles y que han sido dependientes de Occidente, los grados de conflicto son muy inferiores.

Las relaciones con Rusia, Japón y la India entrañan elementos de cooperación y de conflicto, en tanto estos Estados centrales oscilan poniéndose a veces del lado de Occidente, a veces del lado de las civilizaciones rivales.

Aunque las civilizaciones islámica y sínica difieren entre sí en puntos fundamentales, Occidente, el enemigo común, crea un interés común entre ellas y promueve la cooperación. Esta colaboración se da en importantes aspectos, como economía y potencial militar, particularmente armas de destrucción masiva con los correspondientes misiles de lanzamiento. Con esto buscan contrarrestar la abrumadora superioridad militar convencional de Occidente. La conexión armamentística más importante ha sido entre China, y en menor medida Corea del Norte por un lado, y Paquistán e Irán por otro. China ha desempeñado también el papel central en la transferencia de armas convencionales y no convencionales (nucleares, químicas, biológicas) a Argelia, Libia, Arabia Saudí, Irak, Corea del Norte.

Esto plantea una gran amenaza en materia seguridad a los intereses de Occidente, cuyos esfuerzos por impedir la proliferación de armas de destrucción masiva han tenido menos éxito del esperado. Mientras Occidente sostiene que la no proliferación expresa los intereses de todas las naciones por mantener el orden y la estabilidad internacional, los antagonistas de Occidente lo interpretan como una disposición al servicio de la hegemonía occidental. Los antagonistas de Occidente están intentando adquirir armas de destrucción masiva, Occidente está intentando impedirselo.

En las décadas del setenta y ochenta muchos países pasaron de sistemas políticos autoritarios a otros democráticos. La democratización tuvo mucho éxito donde la influencia occidental y cristiana era fuerte. Sumado a esto el hundimiento de la Unión Soviética, se llegó a suponer que los valores occidentales de democracia, mercado libre, gobierno limitado, derechos humanos, imperio de la ley, individualismo,

prevalecerían en todo el mundo.

La consolidación y promoción de la democracia y los derechos humanos se convirtió en un objetivo prioritario para Estados Unidos, y también asumió un papel destacado en la política exterior de los Estados Europeos. Los préstamos y subvenciones a países en vías de desarrollo se condicionaron al cumplimiento de estos objetivos.

Pero casi todas las civilizaciones no occidentales se resisten a la presión de Occidente. La mayor resistencia procede del islam y de Asia. Sostienen que los derechos humanos se deben considerar en el marco de las particularidades nacionales y regionales, en el contexto histórico, religioso y cultural. Entienden el control de su cumplimiento como una violación a la soberanía, y condicionar la asistencia económica a la actuación en materia de derechos humanos lo ven contrario al derecho al desarrollo.

Paradójicamente, la democracia no siempre resulta un aliado de Occidente. En sociedades no occidentales, los gobiernos elegidos democráticamente pueden llevar al poder a nacionalistas y fundamentalistas anti occidentales.

En 1990 las cifras de los movimientos migratorios internacionales eran aproximadamente las siguientes: emigrantes legales, 100 millones; ilegales, más de 10 millones; refugiados, 19 millones.

La disposición de los occidentales hacia la inmigración ha cambiado en las últimas décadas del siglo. Hasta los años setenta, en general, tuvieron una disposición favorable. Luego, la desocupación, las altas cifras de inmigrantes, (y sobretudo el carácter no europeo de la inmigración a Estados Unidos, y no occidental en Europa), produjeron un cambio de actitud.

Los inmigrantes tienen altos índices de fecundidad y no se integran a las culturas que los acogen. Los occidentales temen estar siendo invadidos; invasión sin tanques, de gente que ocupará sus trabajos, sus tierras, y amenazará su forma de vida.

Occidente ha tomado las medidas para un recorte sustancial de la entrada de no occidentales a su sociedad, endureciendo los controles de inmigración, reforzando las patrullas fronterizas, modificando las leyes de asilo, etc.

Para minimizar sus pérdidas en las nuevas situaciones, Occidente tiene que manejar hábilmente sus recursos económicos y coordinar sus políticas a fin de impedir que haya enfrentamientos entre las sociedades occidentales, aprovechar las diferencias entre las naciones no occidentales y desarrollar intereses comunes con las civilizaciones oscilantes.

Las relaciones entre grupos de diferentes civilizaciones son, con frecuencia, hostiles. Adoptan dos formas: los conflictos de *línea de fractura* y los conflictos de *Estados centrales*. Los primeros se producen entre Estados vecinos, o entre grupos diferentes dentro de un mismo Estado (plano particular). Los segundos se producen entre los grandes Estados de diferentes civilizaciones (plano universal).

En su rivalidad, los Estados centrales intentan atraer a los miembros de su civilización, promover las divisiones y deserciones en las civilizaciones rivales, establecer alianzas con Estados de terceras civilizaciones, y usan distintos medios diplomáticos, políticos, económicos, propagandísticos, para lograr sus objetivos. Pero es poco probable que los Estados centrales usen la fuerza militar directamente uno contra otro.

El islam es la fuente de muchas guerras de línea de fractura. Pero además, se lo señala como el rival de Occidente a escala mundial.

El ascenso de China podría ser también, en el futuro, generador de conflictos intercivilizatorios, y un peligro para la paz mundial.

Las relaciones profundamente conflictivas entre el islam y la cristiandad es un fenómeno histórico de siglos (la primera expansión árabe islámica, las Cruzadas, las conquistas de los turcos otomanos). Desde el siglo VII al XVII, es decir, desde el primer desembarco moro en España hasta el segundo asedio turco a Viena (1683), durante mil años, Europa estuvo bajo la amenaza constante del islam.

El grado de conflicto entre el islam y el cristianismo ha variado a lo largo del tiempo. Si bien a veces ha habido coexistencia pacífica, más a menudo ha sido una relación de guerra (fría o caliente).

Estas colectividades han combatido por el poder, la tierra y las almas.

Los conflictos entre el islam y Occidente a fines del siglo XX han

sido incrementados por una confluencia de factores: el crecimiento de la población musulmana, que ejerce presión sobre las sociedades vecinas (jóvenes desempleados, descontentos); el Resurgimiento islámico; el terrorismo; la proliferación de armas; el profundo resentimiento que despierta en los musulmanes los esfuerzos de Occidente por universalizar sus valores (liberalismo, derechos humanos, democracia), por mantener su superioridad militar y económica e intervenir en el mundo musulmán; la desaparición del enemigo común (el comunismo); la interacción entre ambos grupos, que exacerba las diferencias y estimula la identidad.

Los cambios económicos en Asia han sido uno de los acontecimientos más importantes de la segunda mitad del siglo.

El gran crecimiento económico en una zona altera el equilibrio de poder entre países y regiones, pone a la gente en contacto (lo que no significa que la ponga de acuerdo), trastorna la política internacional y da a las sociedades en ascenso una gran confianza en sí mismas y en su propia cultura.

El desarrollo económico ha posibilitado a los asiáticos incrementar su poder militar y político, ha aumentado la influencia china en la región y la intensidad de los conflictos con Occidente.

El cambiante equilibrio de poder y las diferencias culturales entre Asia y los Estados Unidos, llevaron a las sociedades asiáticas a apoyarse mutuamente y solidarizarse en sus diferencias con Estados Unidos.

Los dos Estados más importantes de Asia con los que Estados Unidos compite en varios frentes son China y Japón.

Por otra parte, la conexión confuciano-islámica de las sociedades musulmanas y sónicas, tiene su núcleo en las estrechas relaciones entre Irán, Paquistán y China, que colaboran entre sí no sólo para oponerse a Occidente sino también para contrarrestar la influencia rusa y turca en Asia Central, y el peligro de la India en materia de seguridad.

En los conflictos entre civilizaciones, a diferencia de lo que ocurre en los ideológicos, los pueblos culturalmente emparentados se respaldan entre sí. La única excepción parcial a esta regla basada en las civilizaciones fueron los Estados Unidos en la guerra de Bosnia. [Y

luego en el conflicto de Kosovo de 1999, ocurrido con posterioridad a la publicación de este libro].

A veces las relaciones de los países con su Estado núcleo son complicadas, ambivalentes; no todos los países de una civilización tienen las mismas relaciones con todos los países de otra civilización, y las relaciones entre los pueblos situados a lo largo de las líneas divisorias pueden diferir de las relaciones entre los Estados centrales de esas civilizaciones.

Sin embargo, se pueden hacer generalizaciones acerca de los antagonismos y alineamientos que están surgiendo en un mundo multicivilizacional y multipolar, porque las tendencias globales son evidentes. La bipolaridad de la guerra fría ha quedado atrás.

Las *guerras de transición* comenzaron como guerras de la guerra fría, pero luego tomaron características civilizacionales.

La guerra soviético-afgana de 1979-1989, fue una guerra de la guerra fría porque los Estados Unidos equiparon y organizaron a los afganos que resistían a las fuerzas soviéticas. Se convirtió en una guerra civilizacional porque los musulmanes de todas partes se unieron contra la Unión Soviética y la guerra fue librada como una *yihad*.

La guerra del Golfo se convirtió en una guerra de civilizaciones cuando Occidente intervino militarmente en un conflicto musulmán. Los occidentales en su mayoría apoyaron tal intervención; los gobiernos árabes y musulmanes al principio estuvieron divididos sobre la guerra. Pero para los musulmanes de todo el mundo era una muestra más del imperialismo occidental. Saddam Hussein hizo un cambio e identificó su régimen, anteriormente laico, con el islam. Aunque muchos condenaban la invasión a Kuwait, ningún movimiento islamista apoyó la coalición occidental contra Irak. Después de la guerra, los gobiernos árabes que se habían unido a la coalición cambiaron de postura.

Ambas guerras de transición fueron ganadas por Occidente.

Las *guerras de línea de fractura* pueden darse entre Estados, entre grupos no gubernamentales y Estados, y entre grupos no gubernamentales entre sí.

Son conflictos prolongados, con importantes cifras de refugiados y muertos, son difíciles de resolver, producen guerras intermitentes y afectan a cuestiones fundamentales de poder e identidad. Se producen casi siempre entre pueblos de religiones diferentes y que forman parte de entidades culturales mayores.

Estas guerras hunden sus raíces en la historia. Los recuerdos del pasado persisten en el presente, donde los cambios en el equilibrio demográfico son un ingrediente más para la violencia.

«Los temores y el nacionalismo serbios provocados por las cifras y el poder en alza de los albaneses fueron exacerbados aún más por los cambios demográficos en Bosnia.[...]

«¿Por qué matamos niños?», preguntaba un combatiente serbio en 1992, y respondía: «Porque algún día crecerían y tendríamos que matarlos entonces». Menos brutalmente, las autoridades bosnio-croatas tomaron medidas para impedir que sus localidades fueran 'ocupadas demográficamente' por los musulmanes» (pag.313-314).

Los Estados y los grupos presentan diferentes niveles de implicación en las guerras de línea de fractura. En un primer nivel están las facciones que realmente luchan y mueren. En un segundo nivel están los Estados relacionados en forma directa con esas facciones. En el tercer nivel están los Estados que tienen vínculos de civilización con los implicados, pero se encuentran alejados de la lucha real.

Los países emparentados y los grupos de las diásporas son quienes brindan el apoyo más ferviente a sus respectivos parientes de las facciones en conflicto.

La violencia en la línea de fractura puede cesar temporalmente, pero rara vez termina en forma definitiva. Puede lograrse un acuerdo, aunque más no sea transitorio, en la medida en que se encuentre un equilibrio entre el poder local de los contendientes primarios, y los intereses de los implicados secundarios y terciarios. Los contendientes primarios solos, no pueden parar la guerra. Detenerla, o impedir que desemboque en un conflicto mundial (como sucedió en la guerra de 1914), depende en gran medida de los interlocutores secundarios y

terciarios; del grado de implicación que tengan, de los intereses en juego, de las presiones recíprocas y sobre los contendientes primarios, y de las posibilidades de mediación.

QUINTA PARTE

El futuro de las civilizaciones

Las fases de evolución de las civilizaciones se pueden determinar de diversas maneras. En general, se admite que atraviesan las fases de gestación, crecimiento, expansión, conflicto, imperio universal, decadencia, derrumbamiento, invasión.

Las civilizaciones son dinámicas, se funden, se dividen, se renuevan, perduran, se transforman, se desintegran. De esto, todo es probable, nada es inevitable.

Cuando las civilizaciones están en su edad dorada, aparecen visiones de inmortalidad, creencias en que esa es la forma final de la sociedad humana. En realidad, cuando llegan a este punto y las sociedades creen que la historia ha terminado, comienza su etapa de decadencia.

Hay indicadores y datos mensurables en el plano económico, militar y demográfico, que pueden mostrar la decadencia de una sociedad. Pero los más importantes son los problemas morales.

En Occidente hay un aumento de las conductas antisociales, disminución de las asociaciones de voluntariado y de la confianza interpersonal, debilitamiento de la ética del trabajo, decadencia familiar, descenso en los niveles de la actividad intelectual, etc.

Estas tendencias que se encuentran en Occidente, avalan las declaraciones de superioridad moral de los musulmanes y asiáticos.

Lo importante para Occidente es si será capaz de invertir los procesos internos de decadencia.

La cultura occidental ha sido cuestionada desde dentro, por grupos que en nombre del multiculturalismo atacan la identificación de los Estados Unidos con la civilización occidental, quieren separarlos de la cultura europea y hacer de ellos una maraña de nacionalidades enfrentadas.

La supervivencia de Occidente está cimentada en que los estadounidenses reafirmen su identidad occidental y los Estados Unidos mantengan a escala mundial su liderazgo en la civilización occidental.

Por otra parte, Occidente debe abandonar la creencia en la universalidad de su cultura. Imponer su voluntad, valores e instituciones a otras sociedades, es contrario a los valores occidentales de autodeterminación y democracia. Universalismo e imperialismo están íntimamente conectados.

La civilización occidental es valiosa no por ser universal, sino porque es única. Los líderes occidentales deben unirse para preservar y proteger sus peculiares valores e instituciones frente a los ataques de los no occidentales.

Para conseguir la paz, los líderes de todo el mundo deberán aceptar la naturaleza de una política global multicivilizacional, respetar la diversidad, renunciar al universalismo, buscar las coincidencias y la cooperación. Los Estados centrales deberán abstenerse de intervenir en los conflictos internos de las otras civilizaciones, y negociar la contención de las guerras de línea de fractura. Los seres humanos tendrán que aprender a convivir en un intercambio pacífico.

La alternativa es la catástrofe. El choque de civilizaciones es la mayor amenaza para la paz mundial. El orden internacional, la protección más segura contra la guerra.

REFLEXIÓN

Huntington, en este libro, se ha ocupado muy poco de Latinoamérica. No obstante, el planteo está hecho y abierto el camino a la reflexión.

No hay un Estado central de la civilización latino americana. México, tal vez el más indicado, está demasiado cerca de los Estados Unidos para no ser atraído, más que ningún otro, por su fuerza gravitacional, y al mismo tiempo tiene una mala historia con su vecino. La ambivalencia de atracción y repulsión de América Latina con Estados

Unidos pasa por lo cultural, por lo étnico, por lo histórico, por lo económico.

Si Occidente debe buscar diálogos y alianzas para fortalecer su liderazgo, su principal referente, Estados Unidos, debería mejorar su relación con Latinoamérica, buscar una solución al conflicto con Cuba y entablar una nueva política en el tratamiento de la deuda externa.

Por otra parte, los países latinoamericanos no han logrado una unidad regional ni una integración económica, lo que dificulta la expansión comercial entre ellos.

Faltan zonas de libre comercio, uniones aduaneras, mercados comunes, uniones económicas que fomenten la cooperación e integración entre las regiones y los países. El Mercosur no termina de afianzarse. Chile ha preferido no incorporarse a él y entablar trato directo con Estados Unidos. El Pacto Andino, como los demás pactos, acuerdos, tratados, necesitan ser acompañados por más rutas o vías terrestres, ferroviarias, marítimas y aéreas a fin de estimular la comunicación y el comercio intralatino, etc.

En nuestro país, Buenos Aires ha presentado a lo largo de nuestra historia una dificultad para entender lo que pasa al oeste del meridiano 62.

En la medida en que Latinoamérica sea un interlocutor importante y más fuerte de lo que es ahora, podrá entablar un diálogo intercivilizacional con Occidente en una mejor relación. Mientras en los pueblos del sur gran parte de sus habitantes viven en una situación que consideran injusta, en términos de relaciones internacionales, Occidente no tendrá en Latinoamérica un aliado franco. La orientación política de las dirigencias autóctonas se suceden en una muchas veces violenta oscilación entre los polos de su ambivalencia.

Para lograr el ansiado orden internacional, necesario para la paz, tenemos que preguntarnos por las condiciones de posibilidad de ese orden.

Huntington ha hecho una magnífica exposición de la situación de Occidente. Cabe a las otras civilizaciones -en nuestro caso latinoamericana- pensar, desde la propia peculiaridad, cuáles son las alternativas para construir los caminos de la paz.

Plantearlo desde el multiculturalismo, con las condiciones que implica en términos de identidad y tolerancia, evitando a la vez el

relativismo o la imposición de un universalismo dominante, es un difícil camino que vale la pena intentar.

**Aída Stella Frisson:* Lic. en Filosofía, Prof. adjunta en la cátedra de Filosofía Social y Política de la Facultad de Filosofía y Letras, UNCuyo.